

Prólogo de Daniel Hallin

No hay asunto más importante para el estudio de la política en los países democráticos que la opinión pública. Y ninguno resulta tan difícil de conceptualizar con claridad e investigar con rigor. En la ciencia y la teoría sociales aún coexisten perspectivas diametralmente divergentes sobre la opinión pública, y los difíciles temas que surgen de sus debates - o a veces de sus fracasos para establecerlos - tienen una importancia crucial no sólo para los académicos sino también para los políticos, periodistas y activistas cuyas tareas dependen de su comprensión de la naturaleza de la opinión pública.

Una importante discrepancia concierne a la metodología, pero está íntimamente conectada con diferentes perspectivas sobre la entidad de la opinión pública. Algunas perspectivas la analizan en el nivel micro, se ocupan del modo en el que los individuos forman sus opiniones y procesan la información, y conciben la opinión pública en un nivel macro como el agregado de opiniones individuales. Por supuesto la encuesta se convierte en el principal instrumento de investigación, aunque no exclusivo, y quizás no exista otra técnica de investigación social que haya tenido mayor impacto dando forma a las campañas electorales, el marketing, el periodismo y el discurso cotidiano sobre las opiniones públicas. Otras perspectivas analizan la opinión pública a un nivel macro, centrándose, por ejemplo, en el contexto institucional en el que se forma la opinión - la organización de los medios y otros elementos del proceso comunicativo - o las raíces de la opinión pública en la cultura política. Desde este punto de vista, la opinión pública es vista como un fenómeno colectivo, una característica de la sociedad en su conjunto. El mejor trabajo de cada tradición es sensible a las aportaciones de la otra, pero una síntesis exitosa de los distintos enfoques resulta extremadamente compleja, y los presupuestos no cuestionados, demasiado comunes.

Un tema central que surge reiteradamente a lo largo de toda la historia de la investigación de la opinión pública es la cuestión de si la opinión pública es en esencia independiente o manipulada. Una postura la considera racional y autónoma. Una versión de esta perspectiva prolifera en la actualidad entre los investigadores cuantitativos de la opinión pública en los Estados Unidos. Allí ha habido una reacción en los últimos años contra la conclusión de la investigación priva de sondeos que sostenían que el público masivo estaba tan pobremente informado que sus opiniones carecían de contenido político real. Una aproximación actual, por ejemplo, se ocupa de “la racionalidad de baja información”; esto es, de los modos con que los votantes emplean “atajos informativos” para simplificar sus elecciones políticas. Estos trabajos logran mostrar que el ciudadano común realmente posee información política y que la usa para realizar elecciones que reflejan sus valores e intereses, tal como los perciben. Sin embargo, existe un riesgo obvio en esta perspectiva de reducir tanto el concepto de racionalidad hasta que pierde significado. Todos los seres humanos procesan activamente la información, todos pueden considerarse de algún modo actores racionales. Pero esto no significa que tengan el mismo éxito para juzgar sus intereses, ligarlos a elecciones políticas o, aún más claro, expresarlos en la esfera pública. Las variaciones entre los grupos sociales en su habilidad para hacer esto - vinculadas a su posición dentro de la estructura social y de un sistema político que evoluciona históricamente - resultan cruciales para el estudio de la opinión pública.

Para otros teóricos, la opinión pública es vista como creada de arriba a abajo, formada por las elites que controlan el flujo de información y las arenas de debate. Esta tradición también ha realizado contribuciones cruciales al estudio de la opinión pública, pero expresada de forma unilateral corre serios peligros. Carece, por señalar uno, de explicación para los numerosos casos históricos en los que el cambio emerge desde abajo. Si el control de los medios determina la opinión pública, ¿cómo explicamos el hecho de que la mitad del electorado mejicano votase por el izquierdista Cuatémoc Cárdenas en 1988, incluso cuando el monopolio de la compañía de televisión le brindó menos del dos por ciento del tiempo de pantalla? ¿Cómo explicamos el éxito del movimiento por los derechos civiles en situar la igualdad racial en la agenda política de los Estados Unidos durante los años sesenta, o de los movimientos de derechos de la mujer y los homosexuales que le han seguido? ¿Cómo explicamos los éxitos del movimiento contra el servicio militar obligatorio en España? Deberíamos ser conscientes, también, de que las corrientes de opinión que vienen de abajo no siempre son “progresistas” o democratizadoras. Las teorías de la manipulación elitista a veces recurren a explicaciones demasiado simples sobre las corrientes críticas de la opinión pública y pueden tentarnos a sostener un populismo naif que evita muchos de los temas más difíciles de la teoría democrática.

Víctor Sampedro se conduce a través de estas visiones contrapuestas con admirable equilibrio y claridad. Su propia perspectiva está guiada por un interés en los movimientos sociales y en una concepción de la esfera pública como arena de expresión política activa. Esto proporciona un importante contrapeso a los enfoques más tradicionales sobre formas más pasivas de opinión pública que miden los sondeos, y el resultado es una descripción amplia y rica del complejo proceso de la formación de la opinión en las sociedades democráticas.

Daniel C. Hallin,
Universidad de California, San Diego.